

dando inhabilitados para cualquier otro. En general, todos los fautores de la heregia serán escluidos de toda funcion pública y notados de infamia para siempre. Los que estén esentos de la jurisdiccion episcopal y sujetos solamente á la Iglesia romana sufrirán en esta materia el juicio de los obispos delegados al efecto por la Santa Sede.

Vemos aquí claramente el concurso de las dos potestades para la estirpacion de las heregias, cómo se dan la mano una á otra, y se limitan cada una á los medios que le son propios. La Iglesia castiga con la excomunion y otras censuras: el emperador, los señores y los magistrados emplean las penas temporales. Así se reconocia que á mas de la pena espiritual es permitido emplear la pena temporal contra la misma persona y por el mismo crimen.

No todos los sectarios condenados en el Concilio de Verona eran maniqueos ni igualmente condenables. Hubo algunos que habian principiado de una manera edificante y verdaderamente evangélica. Tales fueron los humillados y los pobres de Lyon. Hubo al principio en Lombardía unos humillados, que no solo no eran maniqueos, sino que les eran muy formidables, pues los confundian en público, descubrian sus artificios y convirtieron un gran número. Eran unos hombres y mugeres que vivian en comun y con gran pobreza, y en cuyos vestidos groseros, en sus discursos, en su manera de obrar y en todo su exterior traian impresa la humildad de que estaban poseidos, y que les habia dado el nombre. Subsistian del trabajo de sus manos y nada poseian como propio; vivian en comunidad, rezaban el oficio canónico de dia y de noche, muchos se abstenia de carne, y no usaban de lienzo. Las mugeres estaban de tal modo separadas de los hombres que no se veian ni aun en la iglesia. Habia aprobado el Papa esta institucion permitiendo á los clérigos y

á los legos letrados que la seguian dar instrucciones públicas. Además de estos que vivian en comunidad, habia otros muchos que persuadidos por ellos hacian una vida ejemplar en el mundo con sus mugeres é hijos. No fueron estos los humillados que condenó el Concilio de Verona, sino aquellos que usurpando este nombre, como tambien el ministerio eclesiástico, osaban predicar sin mision y administrar los sacramentos.

En la sentencia del Concilio se trataba de los waldenses ó pobres de Lyon, imitadores depravados de aquellos virtuosos modelos. Su secta, menos antigua que la de los albigenses, tuvo principio en el año 1160 con la ocasion que vamos á referir. Hallándose congregados muchos vecinos distinguidos de Lyon, uno de ellos murió de repente á su presencia. Pedro Waldo, que era de la reunion, quedó tan afectado de este acontecimiento, que distribuyó al punto sus bienes entre los pobres y estos se aficionaron á él en gran número. Exhortóles á mudar su primera indigencia en una pobreza voluntaria y meritoria parecida á la de los primeros fieles; y como poseia algunos conocimientos literarios, se puso á explicarles los escritos evangélicos en lengua vulgar. Acusóle de temerario el clero y quiso imponerle silencio; mas él despreció las amonestaciones y reprensiones, hizo suceder la invectiva á la doctrina y presentó los sacerdotes á sus discípulos como gentes corrompidas en las costumbres y bajamente envidiosas de la pureza de su vida y de su doctrina. Llamóselos waldenses del nombre de su maestro, lyonistas del de su patria y sabateos ó insabateos á causa de su calzado, que era abierto por encima en forma de cruz. Al principio no tuvieron otra cosa reprehensible mas que su ociosa pobreza junta con el desprecio de la autoridad eclesiástica, y por espacio de mucho tiempo

formaron un cisma, semejante al de los donatistas, mas bien que una heregia propiamente tal (1). Mas esta sola disposicion abria la puerta á todos los errores y solo faltaba una ocasion para precipitarse en ellos.

Entretanto, hallándose todavia en Verona el emperador Federico con el Papa Lucio, acudieron el patriarca de Jerusalem y los grandes maestros de los templarios y de los hospitalarios á pedir socorros en nombre del rey Balduino. Este pobre príncipe, incapaz de obrar á causa de su enfermedad y no hallando ya recursos en su reino, en tanto que Saladino hacia todos los dias nuevos progresos, habia tomado el partido de enviar sus embajadores para interesar á los occidentales en favor de la triste suerte de los cristianos de Oriente. Despues de haber dado la regencia de su reino á Guido de Lusignan su cuñado, vióse precisado á despojarle de ella á causa de la incapacidad y altivez iadómita de este jóven señor, y háble reemplazado luego con el conde de Trípoli que habia gobernado ya durante la menor edad del mismo rey. Lusignan, que era conde de Joppe y de Ascalon, plazas muy importantes, se retiró descontento á la última y negó paladinamente la obediencia á Balduino (1185).

No menor inquietud que el conde de Joppe causaba Boemundo III, príncipe de Antioquia. Dejó á su muger legitima por una concubina; y no atendiendo el patriarca Almerico á otros impulsos que á los de su celo, le excomulgó. Furioso el príncipe, persiguió sin ninguna reserva no solo al patriarca, sino tambien á los obispos y á todo el clero, asoló sus posesiones y robó los bienes de las iglesias y de los monasterios con brutalidad sacrílega. Vióse obligado el patriarca á encerrarse con su

clero en una fortaleza que pertenecia á la Iglesia, y allí fué Boemundo á sitiarse. Un señor poderoso llamado Rainaldo Mansuer, se refirió tambien á uno de sus castillos tenido por inconquistable, y acogió en él á las personas de diversos estados que eran blanco de la persecucion. Escandalizados asimismo algunos otros señores de los escesos del príncipe abandonaron su servicio. Entretanto Saladino, siempre atento á aprovecharse de la mas pequeña ocasion, hacia temblar á todos los buenos ciudadanos por la suerte del Estado. Recelaban igualmente dejar á Boemundo abusando de su poder, y emplear la fuerza para reprimir á un príncipe arrebatado, capaz de llamar á los infieles en su auxilio y muy débil para desprenderse de ellos cuando quisiese.

En circunstancias tan tristes recibió la Iglesia algun consuelo de los maronitas, que el patriarca Almerico tuvo la fortuna de hacer volver á la comunion de la Santa Sede. Eran monotelitas, y tan famosos ya mucho tiempo por su adhesion á esta heregia, que para señalar á sus sectarios no se usaba otro nombre que el de maronitas, en lengua árabe que era vulgar en Siria. Así que tornaron al seno de la unidad con su patriarca y algunos de sus obispos, no solamente abrazaron la fé católica, sino tambien los ritos latinos, hasta tomar el báculo y la mitra, y sustituir las campanas á las matracas que nosotros usamos en Viernes Santo, y de las cuales los orientales y los griegos se sirven todo el año. Conservaron solamente de particular la lengua caldea para el oficio divino, en el cual la usan en el dia, aunque el árabe es su lengua nativa. Como esta nacion era muy guerrera y habia adquirido renombre de valor, los francos se alegraron mucho de una reunion de que tanta ventaja habrian podido sacar efectivamente contra los infieles (1185).

Pero no tanto les faltaban fuerzas cuan-

(1) Everard. cont. Walt. cap. 25.

to buena direccion y el talento necesario para emplearlas con utilidad. Los embajadores que el rey Balduino habia enviado á Europa conocieron esta verdad y la dijeron claramente al rey de Inglaterra, á quien fueron á presentar la relacion de sus desórdenes y de sus infortunios, lo mismo que á todos los príncipes mas poderosos de la cristiandad. Enrique II, creyendo no poder marchar en persona á la defensa de Oriente sin olvidar, contra el juramento hecho en su consagracion, los cuidados de su propia corona y los intereses de su pueblo, prometió ayudar con sus tesoros y con todo su poder á los que quisiesen ir (1). Dijóle agitado el patriarca de Jerusalem: «Señor, esto es no hacer nada; nosotros buscamos valor y no dinero, pues de todos los paises nos lo envian, pero nos falta un hombre.» Pidió que el rey enviase á lo menos á uno de sus hijos, y hallando el rey todavia dificultades, rompió el patriarca todos los limites del respeto y de la moderacion, amenazó al príncipe con el abandono de Dios, y lo que fué mas afrentoso, le echó en cara la muerte de Santo Tomás de Cantorbery. Mucho irritó efectivamente á Enrique este discurso. «Y bien, le dijo el patriarca con gravedad, haced de Heraclio lo que hicisteis de Tomás. ¿Qué me importa ser sacrificado en vuestras manos, ó en la de los musulmanes, cuando vos no sois menos hábil que ellos en hacer mártires?» Este era aquel mismo patriarca Heraclio, que, sin pudor y sin costumbres en Palestina, se esplicaba en Europa con el lenguaje de los mártires y de los Apóstoles (1185).

Contúvose prudentemente el rey Enrique, y no disminuyó en nada su buena voluntad para con los cristianos de Levante. Pasó á Normandía con sus embajadores, y despues de celebrar allí la fiesta de Pascua,

(1) Joan. Brompt. Chron.

tuvo cerca de Rouen con el rey de Francia una conferencia que duró tres dias. Fué el resultado que se enviaria á Tierra Santa un auxilio considerable, tanto de gente como de dinero. Muchos señores y prelados hubo que tomaron la cruz al instante, y entre otros Balduino de Cantorbery, colocado recientemente en esta Silla, y Gualterio, arzobispo de Rouen. Pero no correspondió la ejecucion á este primer ardor; los cruzados no se apresuraron á salir, y el patriarca de Jerusalem se volvió casi con tan poca compañía como la que habia traído.

Entretanto murió el rey Balduino IV el 16 de marzo de 1185. De este modo quedó en el trono un niño de siete años en la persona de Balduino V, coronado en vida de su tio. Llegó á ser mayor la desgracia cuando la muerte de este jóven rey hizo en el año siguiente pasar el cetro á Guido de Lusignan, su padrastra, esposo en segundas nupcias de Sibila, hermana de Balduino IV. Este que se habia mostrado incapaz de la regencia, fué revestido de la dignidad Real por el crédito de su muger. Sin esto los grandes habrian visto con disgusto el elevamiento de un hombre que no era de sangre Real. El conde de Trípoli particularmente, Raimundo III, de la casa de los condes de Tolosa, quedó tan resentido de esta preferencia, que llegó al extremo de hacer traicion á la causa comun tratando con Saladino.

Aunque el Papa Lucio dió algunos pasos á consecuencia de la embajada de Balduino IV, á fin de sostener su reino vacilante, la muerte del Pontífice, acaecida casi al propio tiempo que la del rey, le impidió proporcionar á Tierra Santa los auxilios que pedian unas necesidades tan urgentes. Murió Lucio en 24 de noviembre del mismo año de 1185 (a), y algunos dias

(a) Segun Mariana (lib. 11), dícese que este Pontífice envió á España un cardenal legado con grandes

despues le dieron por sucesor á Humberto Crivelli, natural de Milan, de donde era arzobispo tan solo siete meses.

Permanecia aun en Italia el emperador Federico, donde casó al rey su hijo, príncipe jóven de veintiu años, con Constanza, heredera presuntiva del reino de Sicilia, que contaba ya cerca de cuarenta. En el mismo dia se arrogó este jóven príncipe el título de César (1186). Con afliccion vió el nuevo Papa, llamado Urbano III, este principio arbitrario de imperio, y aun mas quizá una alianza dirigida á hacer al emperador todopoderoso en Italia. Además como milanés, apenas podia olvidar los males que este príncipe habia hecho á su patria; recordaba que si este príncipe, que entonces queria dominar en todas partes como déspota, habia visto frustrado en 1159 su proyecto de someter esta gran ciudad que tenia cónsules y gobierno municipal, al menos se habia, desquitado luego horriblemente en 1162; pues despues de un sitio de siete meses, habiendo ido á su campamento los milaneses para entregarle las llaves de la ciudad, llevando cada uno en la mano una cruz para implorar su clemencia, solo les habia concedido perdon de la vida, pero su ciudad quedó demolida asi como los torreones, las puertas, las murallas y casi todos los edificios públicos, á escepcion de algunas iglesias. Ptolomeo de Luca añade, aunque parece poco verosímil, que se llegó á pasar por ella el arado y á sembrarla de sal. Por lo demás, el jóven rey Enrique, de genio altivo, inquieto y colérico, contribuyó tambien mucho á fomentar la division entre el emperador su padre y el Sumo Pontífice (1). Tornó á promover re-

poderes para asentar las paces entre los reyes cristianos que con gran detrimento del bien comun se hallaban divididos. El rey de Aragon, que iba en peregrinacion á Santiago, acompañó al legado hasta Castilla, y se logró que se concertase la paz.

(N. del E.)

(1) Anol. Lubec. Chron. Slav. III, cap. 16.

sueltamente la cuestion de las investiduras que habia ocasionado tan funestos y largos disturbios, y porque un obispo, por otra parte muy reservado, no aprobó sus pretensiones, le mandó dar de bofetadas y arrastrarle por el suelo. Porque el Papa Urbano no se manifestaba propicio á sus proyectos, el príncipe se apoderó de una gran suma de dinero que se llevaba al Papa y mandó cortar la nariz al conductor. En cuanto al emperador, sin querer desautorizar lo que se habia arreglado tan dificultosamente con respecto á las investiduras, quiso á lo menos mantenerse en algunos otros usos que no habian sido abolidos de una manera tan auténtica y que Urbano III miraba sin embargo como abusivos. Cada uno de los contendientes se formó un partido entre los señores y los prelados. Fermentó la division con ardor: el emperador prorrumpió en quejas injuriosas contra el Papa; y el Papa amenazó al emperador con los rayos de la Iglesia, y para lanzarlos mas libremente habia salido ya de Verona, que era adicta á Federico, cuando ocurrió la muerte de este Pontífice.

Mas en tanto que estas tempestades agitaban la Iglesia hasta en su centro, la obra del Señor se adelantaba á lo lejos en las naciones bárbaras del Septentrion. Un celoso canónigo de Sigeborg, llamado Meinardo, hizo muchos viages á Livonia con mercaderes para efectuar un comercio bien diferente de aquel que al parecer se proponia. Con esta industria se insinuó en el espíritu de aquellos pueblos, les inspiró el gusto por las riquezas que la polilla y los gusanos no corrompen, y ganó gran número para Dios. Instruido el arzobispo de Brema del estado de las cosas, le confirió su mision en forma, y á fin de conciliarle mayor autoridad le ordenó de obispo. Meinardo estableció su Silla en Riga, capital del pais, y

edificó allí una iglesia catedral en 1186 (1). Su afabilidad, su dulzura, sus liberalidades, junto con sus virtudes atrajeron una multitud de paganos. Bertoldo, abad sajón del orden del Cister, fué á trabajar en su compañía, dejó su abadía para consagrarse á esta misión, y con los ejemplos de sus austeridades y de su desprendimiento, de su modestia y de su paciencia inalterable imprimió en los nuevos fieles, y aun en los infieles, un gran respeto al Evangelio. Estos fueron los apóstoles de la Livonia, y los dos primeros obispos de la iglesia de Riga, en la que Bertoldo fué sucesor de Meinardo.

A su vez la iglesia de Jerusalem lo mismo que el reino tocaban ya á su ruina. En medio de la decadencia en que se hallaba el Estado cometiéndose además la imprudencia de irritar á Saladino, y de darle margen á quejarse justamente de la infracción de los tratados y de las leyes mismas de la humanidad, sin respeto á la tregua concluida entre los cristianos y el sultan. Reinaldo de Chatillon, príncipe de Carac, continuaba sus incursiones contra los infieles, y de acuerdo con los templarios que abundaban en sus Estados, los cargaba por todas partes, y los trataba con bárbara dureza. Pasando tranquilamente, fiada en los tratados, una caravana muy numerosa desde Egipto á la Arabia fué acometida y presos todos los peregrinos. Reclamó estos prisioneros Saladino; pero Reinaldo, en vez de hacer justicia, se dejó llevar de los ímpetus de un falso celo y vomitó mil injurias contra Mahoma. Indignése tanto Saladino, que tomando á Dios por testigo de la fé de los juramentos violados por los cristianos, juró hacerles la guerra con todo su poder, y quitar con su mano la vida á Reinaldo de Chatillon.

(1) Arnold, Lubec. Chron. VIII, cap. 8.

Poco después entró en las tierras de los cristianos á la cabeza de un ejército de mas de cincuenta mil hombres (1). Cayó desde luego el peso de su venganza sobre los grandes maestros del Temple y del Hospital, Gerardo de Bideford y Rogerio de Moulins, á quienes sorprendió y destruyó en el día primero de mayo de 1187. Marchó desde allí contra Tiberiades, perteneciente al conde de Trípoli, que se había reconciliado, á lo menos en apariencia, con el rey Guido de Lusiñan; pues la fé de este señor permaneció siempre sospechosa desde de la elevación de Guido al trono, y diferentes autores afirman que su ambición desenfrenada aceptó la oferta que le hizo Saladino de darle la corona de Jerusalem si abrazaba el mahometismo. El sultan tomó por asalto la ciudad, pero le detuvo la resistencia de la ciudadela. Volaron entonces al socorro de la plaza el rey de Jerusalem y todos los príncipes reunidos por la grandeza del peligro. Halláronse los dos ejércitos uno enfrente del otro en Hittin, poco distante de Tiberiades, el 2 de julio, que era un viernes, día feliz y sagrado para los musulmanes. Con gran coraje se trabó desde luego el combate, y duró tres días. En fin, los cruzados agoviados por el número, y exhaustos ya de fuerzas por el exceso de la fatiga, de la sed y del calor, fueron enteramente derrotados. El rey Guido, Reinaldo de Chatillon, los maestros del Temple y del Hospital quedaron prisioneros con una infinidad de guerreros. El conde de Trípoli, después de haber hecho prodigios de valor, que sin embargo no pudieron restablecer su reputación, se abrió paso con espada en mano por medio del enemigo y se retiró á Tyro, llevando consigo el desprecio de los infieles y la execración de los cristianos. La pérdida

(1) G. Nang. Chron. ann. 1187; Chron. Reichersp. ann. 1187.

mas sensible fué la de la verdadera cruz que llevaron á la pelea, según costumbre. Los orientales cismáticos no manifestaron con menos viveza su dolor que los latinos, y hasta los mismos mahometanos miraron este monumento sagrado como el fruto mas precioso de su triunfo.

Concluida la batalla condujeron los prisioneros mas distinguidos á la tienda del sultan. Principió dando gracias á Dios por el buen suceso de sus armas, que menos atribuía á su valor que á los crímenes de los cristianos. Luego mandó sentar á su lado al rey Guido de Lusiñan, á Reinaldo de Chatillon y los otros señores. Como se hallaban devorados de la sed, trajeron sorbete y Saladino se le presentó al rey, el cual después que bebió, pasó la copa á Reinaldo de Chatillon; pero Saladino dijo al rey por medio su intérprete: «yo os he presentado á vos la copa, y no á ese monstruo que no debe esperar cuartel.» Entre los árabes, aun en el día á pesar de su carácter inhumano, el derecho de hospitalidad es tan inviolable, que un prisionero á quien ellos dan de comer ó beber tiene asegurada la vida. Envió el sultan á los príncipes cristianos á tomar algun alimento en un paraje apartado.

Luego volvieron á llevarlos á su presencia, y dirigiéndose á Reinaldo con tono terrible y con formidable aspecto le reprendió el desprecio de la fé jurada, sus invectivas contra Mahoma, y aun el haber intentado saquear la Meca. «Debo, añadió, vengar á nuestro profeta y á su ley. Tan solo bajo una condicion puedo perdonarte, y es que abras la religion que has blasfemado. Los beneficios y los favores mas señalados ocuparán entonces el lugar de los castigos que tienes bien merecidos.» Reanimándose entonces, á vista de este peligro extremo, toda la fé que Chatillon había practicado muy mal, despreció con energia así las promesas

B. del C., tomo V.—XVIII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo III.

como las amenazas del musulman, y dijo con intrepidez que queria morir cristiano. Levantándose irritado Saladino, le descargó un golpe de cimitarra en la cabeza, y los que le acompañaban acabaron de matarle. Así cuentan los escritores mahometanos el martirio de Reinaldo de Chatillon. Todos los templarios y hospitalarios cogidos con él fueron sucesivamente degollados. Cuéntanse hasta doscientos templarios asesinados de este modo á sangre fria. No daban estos cuartel á los musulmanes ni en paz ni en guerra, y Saladino creyó hacer un gran servicio al país espurgándole, como él decia, de todos estos asesinos.

Apenas forzara la ciudadela de Tiberiades, su primer cuidado fué arrojar á los franceses de las plazas marítimas para quitarles toda comunicacion con la Grecia y el resto de la Europa. En efecto, consiguió quitarles la mayor parte, bien por composicion ó bien á viva fuerza, permitiendo á los cristianos de las ciudades que se rendian retirarse con sus familias y bienes, y tratando á los demas con una severidad proporcionada á su resistencia. Por esta causa Cesarea, que se defendió con vigor, fué entregada á las llamas y saqueada sin consideracion alguna.

Por último, en 19 de setiembre atacó el sultan la ciudad de Jerusalem, que era el objeto capital de su empresa. La ciudad tenía bastantes fuerzas, y aun se hallaba en estado de poderse defender largo tiempo; mas la derrota de Tiberiades, la toma de tantas otras plazas, y sobre todo la pérdida de casi todos los oficiales mas distinguidos, esparcieron la mas fatal consternacion. Acabó de desesperar á los sitiados el haber descubierto una conjuracion formada por los cristianos del rito griego que eran muchos; arrepintiéndose entonces, pero sobradamente tarde, de haberlos atormentado sin consideracion. Hiciéronse proposiciones al sultan,